



Ubuntu

Caleb Saldaña Medina*

Hoy llegué 13 minutos temprano. Son las 2:47 p.m. y estoy en el aula 102 mirando las sillas vacías y el pizarrón en blanco. Me siento en uno de los lugares en tanto espero impaciente a que lleguen los demás, mientras, aprovecho el tiempo para hojear el trabajo que pronto les presentaré. Al paso de las páginas, detengo mis ojos en una palabra; me pregunto si está bien empleada, si lo correcto es "ojear" u "hojear". Tras apartar mi mirada de las hojas escritas, la elevo hacia la nada para analizar las dos opciones, que luego de un momento desaparecen; quedo así con la pose del que piensa, pero realmente en mi mente ya no hay contenido alguno, ignoro el techo mismo frente a mis pestañas.

Después de no sé cuántos minutos me doy cuenta que tengo mi mente en blanco, ojeo a mi alrededor, el salón desierto ahora retiene mi atención; las sillas vacías me remiten a mis compañeros. De pensar si tardarán paso a imaginarlos, más como un recuerdo, ocupando sus lugares habituales. Aparecen en mi cabeza sus voces, figuras, expresiones...

Hay un dato curioso que me viene a la mente en este momento, de esos que no van al caso, ¿sabían que lo que los psicólogos llaman imágenes mentales no deben ser necesariamente imágenes? ¡Es verdad! Una imagen no sólo es visual: escuchar la voz de una persona importante para nosotros o percibir un olor característico de la infancia también cuenta como imagen mental, como el sabor de aquella deliciosa Magdalena mojada en té... en fin, no sé por qué hablo de esto, tal vez sólo me vino ese dato al pensar sobre las imágenes de mis compañeros en mi cabeza.

Con la mirada perdida de nuevo hacia arriba, examinándolo, el techo va formando poco a poco una imagen en mi mente, hasta darme la impresión de que en vez de mirar al cielo raso estoy contemplando una página en blanco. No

* **Psicólogo por la Universidad de Dios (Colombia). Egresado de la Maestría en Ciencias Cognitivas del Centro de Investigación en Ciencias Cognitivas, Universidad Autónoma del Estado de Morelos.**

sé cómo se me ha ocurrido esto, pero quizá tenga algo que ver con las dimensiones del techo, que es rectangular y no cuadrado. De un momento a otro, mientras ando distraído en tal divagación, suena la puerta del salón y vuelvo a la realidad del lugar que me rodea. Concentrado en su celular, sin levantar la cabeza, entra Caleb y saluda descuidadamente.

—Oye, ¿tú eres Caleb? ¿Verdad? —extrañado de verlo ahí, le pregunto.

Levanta su cara y, sorprendido al verme también, me responde:

—No, tú eres Caleb.

En una situación inverosímil, la discusión se vuelve divertida pero acalorada. Sólo hay que imaginar qué escena más curiosa: dos sujetos en un salón definen quiénes son; se definen por sus nombres, y al llamarse igual, esta definición no es suficiente para que logren diferenciarse el uno del otro.

Finalmente, y después de un largo intercambio de palabras, deciden que los dos son Caleb. Luego, como si no estuvieran convencidos del todo con su decisión, y buscando la aprobación de alguien más, voltean al unísono y me preguntan:

—Y tú ¿qué crees? ¿No es verdad que somos Caleb?

—¡Por supuesto! No entiendo por qué tuvieron que discutirlo tanto —les respondo —¡somos Caleb! Todos lo somos. ¿No es verdad? —te pregunto a ti, pues sé que ahora, también estás como imagen mental en la cabeza de quien lee.

**Sólo hay que
imaginar qué escena
más curiosa.**